

DE LA DIALECTICA*

por MARIO CASAÑAS
BRUSELAS, BELGICA

La luz del Tao caballo blanco ilumina se ilumina el sexo cuerpo integral de súbito como el agua que salta del fondo de las entrañas de la tierra madre, del toro dormido en un rincón con las pezuñas rotas con la espuma saltando entre los dientes como una cascada de sangre y de arena barriada por el mar desde el principio del milenio antes de que el tiempo fuese en la oscuridad de la gruta primigenia donde arden cíclicamente las candelas de los últimos desposorios del toro con las aguas límpidas.

Se arriesga el hombre el cordero a la prueba suprema lanzando chillidos a las cuatro direcciones del viento: pasa la nave albos velámenes recios ramos llevando en su seno amante el árbol del bien y del mal: una columna rosada como un faro con dos islores separados juntos ennegrecidos por la bruma de las candelas en la mañana inhópita: por el vaho del toro cansado erguido apuntalado por una vara de plata cosida su negra lengua por los hilos que penden de los árboles como lianas que perforan los boquetes de la luz traba luz brota de ella ahora el Tao circular de la reminiscencia. Platón es el toro añejo y el agua es el yo que descentrándose lo vuelve viejo como el buen vino en sus barricas cerradas obstruidas perforadas por la luz ahora siempre no siempre.

El toro se casa con el agua junto al manantial del mar nuestro vuestro.

Yo soy tú en la noche donde reverdece el árbol mágico la flor del encuentro donde el es ya no es más el ser sino el no ser del ser como los dioses que anidan peligrosos y pacíficos entre los colores del Bardo-Thodol.

Avaloskitesvara en su infinita compasión con sus miles de brazos moviéndose en todas las direcciones acogiendo en sus entrañas a todos los seres soy yo eres tú somos todos los seres en el deseo extinción nirvana: resplandor deslumbrante inquietante del árbol (de lo) sensible como el pájaro de pico largo acariciado por la diestra mano de la luz del Tao de las mutaciones múltiples como el velero que conlleva gratuitamente a la gaviota hasta los fondos submarinos donde se adiestran los candidatos a la luz escondida en las aguas turbias límpidas donde el toro ruge en la inconsciencia del instante como el ascender y el descender de las teogonías de

Proclo buscando la flor verde azul en aquel tiempo escondido y jamás encontrado.

La respiración se hace afanosa alegre sorprendente en el boquerón de la luz cuando ella perfora lo aparente lo envuelve lo ama se deja amar por la rosada flor del mediodía. El Buda mendigo iluminado es un pez escorpión un escupitajo un perro que aúlla junto a la vieja puerta del cementerio por donde entra y sale la luz para ser mil veces enterrada oscurecida adulada lamida por los canes sagrados furiosos que miran hacia el Oriente: un espejismo un plato un lago bajo una marquesina china: dentro fuera estamos ambos en el centro reposándonos durmiendo desbaratando la dialéctica con las incontrovertibles oposiciones de la lógica del viejo Nagarjuna tan joven en su alborada de buen buey que se encamina al surco pinchado en los flancos por los largos bastones metálicos y comido su sexo pendiente por los tábanos de la duda que enloquecieron a Job en otros amaneceres del mundo los mundos. La razón es simple: Nagarjuna es Job vestido de azafrán y contemplando el sol en las honduras de su cuerpo donde el dual es uno y el uno no es dual, lo es en el olvido de la luz perforada con la esbelta columna anclada en el rosado arrecife coralino negro hueco con dientes que mastican el pájaro y el aire cálido entre las circulaciones del Tao.

Circundan a éste cuatro candelas cuatro aves: una boca de afilados dientes una cabeza de muerto que reposa entre Jerusalén y el Ganges entre el bien y el mal entre el ritmo y el reposo que aspira a la sabiduría aquí presente mientras los signos de desenrollan como una alfombra persana guardada en el acón familiar desde las épocas de Atenas y de los diálogos de Proclo con Hegel y de Descartes con Lezama Lima en lo alto de un promontorio agujerado por los mutuos lanzasos de las aporías conexas inconexas en el abrir y cerrarse de la puerta románica de la capilla octogonal rodeada por las cabras que nada comprenden -comprenden algo, luego- de los litigios dialécticos donde aprehendiéndola ella se escapa hacia los arrecifes coralinos: la verdad que tú ahora escupes como el mauser del viejo cazador que vuelve con sus perdices que son peces en una bandeja de motivos chinos destinada a acoger como una nueva luz el pato laqueado para el emperador que lee en su mano nacarada el no ser del ser y el ser del no ser tal y como Mencio se lo enseñó al niño que veía los chivos pacer reposadamente en el callejón de la vieja casa donde el jorobado lanzaba cada semana una nueva capa

de pintura al viento hacia el molino silencioso que giraba sus aspas recogiendo el agua e impresionando al miedo.

Un toro ventoso ventrílocuo en la lejanía es la historia de un destino tejido por el encaje de las tías en una tarde soberbia en que los corales abandonaron los arrecifes y los chivos sus guardias y todos juntos se pusieron a marchar caminando lentamente con la solemnidad de un rito ortodoxo de un sacrificio hindú azteca hasta el centro de la plaza mayor donde ardía un fuego grande bestial rojo como el amanecer de la sangre en el despertar del ingenio de la locura verde en su centro rodeado por las escamas plateadas de aquel toro negro nefasto que pateó la tierra en el umbral de la luz nirvánica como la flama que cauteriza el místico desde los testículos hasta el loto que estalla en lo alto del cráneo haciendo de todo su cuerpo una flor un sexo en el apasible pacer de los chivos contemplados por el niño desde la mágica terraza donde una y otra vez veía arder la salamandra acuática en el infranqueable candente círculo dentro del cual había hecho una y otra vez buscando entre los chivos su cuerpo crispado perdido encontrado por las salpicaduras de la luz salamandra huesudo pájaro en los confines de la estepa. Razón de más para pedirle auxilio a Nagarjuna y para espantar los cabros que invaden el jardín sagrado en los días de fiesta de violencia y de perdón. Y la piedra se quiebra se parte como el alma en la alucinación del fuego: y en la llama la luz y en la luz el fuego en la piedra calcárea sólida resquebrajada como la vulva ya calcinada por las inmediaciones del deseo. Ella de coral fino rodeada candente como los dromedarios que atraviesan el vasto desierto rompiendo mil veces las piedras de arenas con sus patas turquesas de amianto: lamento seco en el fondo del aljibe vacío en el centro del patio donde resuena en el hueco una gota de agua un aliento un soborno un lobo un avestruz cómplice de las iniquidades ancestrales de la luz. Tórrido es este momento y gélido en que pongo fin a la escritura y en que ella me salva matándome entre los chivos de la rúa mágica perversa luminosa coralina sin espavientos en la fisura por donde Tao mira y se mira en la hoja blanca interminable majestuosa enigmática mujer hombre ella y yo en el centro del pozo cubículo que los chivos y los corales rellenan de piedras calcinadas los días de fiesta de ajeteo y de mercado y que ella/yo debemos vaciar cada vez a la caída de la tarde artera. El tao de la escritura es un conocimiento que pasa y vuelve entre los laberintos del tiempo: cada signo un grado más de luz y de tinieblas

en el suave pacer del callejón de los chivos: una iluminación que ahoora adviene y se desvanece una plegaria sin dios con dioses pacíficos y terribles: una página abierta al azar en una biblioteca tibetana: un anularse entre las sombras un volver a pasar por el mismo camino que lleva a otro lugar el mismo en el centro oscuro luminoso del aljibe repleto de algas marinas y de corales: piedras que son príncipes en una casa vacía vacío que sólo la luz engendra y llena: la luz que es ya el hueco que se adentra en la tierra buscando las raíces del árbol y tropezando con las piedras que tiene que romper para advenir a la candescencia primigenia del espíritu transplantado cristal transparente acuoso líquido solemne como el ritmo hesicástico que Licario enseñó a Cemí en el atardecer aquel en el cuadrilátero mágico donde pastaban los chivos con sus achinadas barbas y sus dialécticas confrontaciones a lo Proclo.

NOTA

* Lo que sigue pertenece a un manuscrito aún inédito donde en el hondón de la luz combato amorosamente con ella en la raíz de la filosofía y de la poesía, como diría el gran Bohme. No soy poeta, vengo de filosofar occidental, pero algo me dice cada día que si el hombre logra salvarse de la era técnica habremos entrado en una nueva experiencia de lo prístino. He hecho, lo confieso, un uso poco ortodoxo de la gramática, pero a veces es la única forma que nos queda de salvar la intuición no permitiendo que el prurito gramático la asesine. Lo que yo vivo es una dialéctica que se rompe en el silencio, y lo que yo digo no es sino la resaca dejada por el mar de ese silencio nunca él mismo, eso es imposible para el lenguaje. Lo que la razón no puede aprehender es lo que adviene en el silencio. El lenguaje puede invitar a ir hacia, pero nunca expresar la experiencia integral del silencio.